



J. M. ALPUCHE INFANTE

LIT. DE H. IRIARTE.

D. JOSE MARIA ALPUCHE E INFANTE.

I.

INTENTAMOS descorrer el velo del olvido ante una imágen hermosísima.

Poseídos de admiración y de respeto, aun titubeamos realizar nuestro propósito, por temor de no corresponder dignamente á la grandeza del asunto.

Nos embarga un sentimiento análogo al que experimentábamos hace quince años, al asistir á alguna solemnidad religiosa, cuando escuchábamos la salmodia del monasterio vecino á nuestra morada, con el alegre repique de las campanas que convocaban á los creyentes; experimentábamos la tortura del entendimiento ante lo misterioso y grande por excelencia; nos descubríamos, inclinábamos la frente, y permanecíamos postrados y mudos en éxtasis involuntario y absoluto.

Entonces, despertando á la vida entre caricias y besos, nos era mas fácil dejarnos seducir con soluciones pueriles que esclarecian hasta cierto punto las sombras de la duda, y que disipaban completamente las tinieblas del misterio.

Hoy, cuando el sol de la inteligencia ha tocado el meridiano, cuando no existen sombras ni dudas, cuando la fé robustecida por la gratitud, adora fervientemente en el amor y en la naturaleza al Supremo Autor de la creacion, nos sentimos trémulos de temor fanático ó supersticioso, al pretender evocar la memoria de un hombre.

Y no debe tachárenos de impíos; la imágen soberbia que apenas lograremos vislumbrar en el reducido espacio que permite esta publicacion, abunda en cualidades tan extraordinarias, que si se atribuyen al individuo, será indispensable reconocerle un origen divino; y si se le supone asistido de auxilios sobrenaturales, nuestro acatamiento y admiracion reconocerán la misma fuente inagotable á donde convergen todas las religiones y todas las creencias.

II.

Siempre se han consagrado en la memoria de los pueblos los ejemplos notables de abnegacion y patriotismo, como ha sucedido con Juarez y Zavala; y si alguna vez la veleidad del aura popular ha negado sus caricias á un mérito tan relevante y sin igual como el de Milton y Alpuche Infante, la posteridad se ha encargado de vengar el desvío de sus contemporáneos, ofreciéndoles una ovacion suprema, y los puestos mas culminantes en las mansiones de la inmortalidad. Parece que aquellos han necesitado del concurso ageno, para di-

simular sus defectos ó para esclarecer sus virtudes; en tanto que éstos, indiferentes al beneplácito ó al anatema presente, han conquistado lauros tan inmarcesibles y glorias tan refulgentes, que desafiando las injurias de la envidia y de las malas pasiones, lucirán siempre como los astros cuya complicada esfera los pone á salvo de padecer eclipses.

Una de esas nebulosas irreprochables en el insondable firmamento de la reforma y del progreso, es la que intentamos despejar.

III.

Mucho se han encomiado á Zavala sus ideas avanzadas en una época en que el centralismo dominaba lógica y ostensiblemente en México, como que era el que tenia mayor afinidad con el sistema colonial, de que afortunadamente se habia emancipado la nacion.

Mucho se distinguió entonces la representación de Yucatan obedeciendo las inspiraciones de tan ilustre caudillo, pudiéndose asegurar que marchaba á la vanguardia de la revolucion democrática, que germinando en el memorable suburbio de San Juan de Mérida, amenazaba invadir no solo aquel Estado, sino la nacion entera.

Entre esos precursores de lo desconocido; entre esos apóstoles de una reforma que no habiamos de ver consumada sino en nuestros dias, descollaba Alpuche é Infante, que era yucateco por educacion y por sentimientos, aunque la ciudad de Campeche hubiese tenido el honor de disputarnos los primeros años de su preciosa existencia. Nació el 9 de Octubre

de 1780, siendo hijo legítimo del subteniente D. Francisco Alpuche y de D.^a Bartola Infante.

IV.

Casi niño, ingresó al Seminario conciliar de Mérida, llevado en alas del deseo de saber.

Ese establecimiento, el mas adelantado y tal vez el único de enseñanza secundaria que existía en la Península, solo hacia gracia de la educacion á los que hubiesen de adoptar la carrera eclesiástica. Así se falseaba frecuentemente la vocacion, siendo este uno de los mayores inconvenientes del monopolio de la enseñanza.

Sus primeros pasos en la carrera literaria fueron vacilantes y parecían corresponder á su constitucion física, tan endeble en sus tiernos años, como habia de ser despues enérgica y vigorosa.

El mismo fenómeno se habia observado en Voltaire y Fontenelle, que como Alpuche, estuvieron á punto de morir al venir á la vida.

A pesar de su poca aplicacion por el idioma de Plinio y de Marcial, sufrió lucidos exámenes, y llegó á poseer su estilo correcto y mordaz, como puede juzgarse por sus escritos publicados en "El Aguila", en "El Correo de la Federacion", órgano del partido yorkino, en "La Gaceta", en "El Federalista" y especialmente en "El Atleta".

Estudió filosofía en union de D. Lorenzo Zavala, D. Manuel Jimenez Solis, D. Andrés Quintana Roo, D. Rafael Aguayo, D. Luciano Viana, D. José Mariano de Cicero, D. Juan de Dios Enriquez, y de tantos otros que desarrollaron

los gérmenes de la libertad del pensamiento en su vida política: esos gérmenes preciosos, incubados en sus cerebros juveniles por la despreocupacion de su ilustre maestro D. Pablo Moreno, el primero que toleró en aquel establecimiento que el análisis se fijase sobre los principios inveterados del fanatismo.

Alpuche no podia transigir con las exigencias ortodoxas y con las teorías rutineras del Lugdunense. Mas al paso que sostenia la influencia exclusiva del pueblo en la constitucion de los gobiernos, y la probabilidad de salvacion para los que observando los preceptos de la ley natural y de la caridad evangélica, se sometían á ritos determinados, ilustraba su entendimiento y esmeraba su gusto literario, estudiando asiduamente las páginas inagotables en bondad y hermosura, de que abundan la Biblia y los Santos Padres.

Por eso en sus certámenes escolásticos hacia gala de una erudicion superior á sus tiernos años, recordando con su elocuencia robusta, dulce y apacible, el acento inspirado de San Crisóstomo ó San Pablo, y con sus innovaciones y censuras al texto, el espíritu altivo é independiente del desgraciado amante de Eloisa.

Por eso tambien, cuando á pesar del apodo de hereje con que se le motejaba desde las aulas, y á pesar de la animadversion eclesiástica, llegaron los breves dias de su efímera popularidad, tronando con acento apocalíptico, electrizaba las masas y amenazaba con un entusiasmo que rayaba en delirio, destrozár el ejército numeroso con que se escudaba Santa-Anna.

Recuérdese la noche del 15 de Julio de 1840, en que al grito de: "¡Vivan los padres de la patria!" el pueblo forzó las prisiones de la Inquisicion, derrotó las guardias y paseó en triunfo por las calles de México á Gomez Farías, á Alpuche Infante y á los otros ilustres prisioneros, víctimas escogidas por el partido que se encontraba en el poder.

V.

Terminada su carrera con éxito brillante, se vió reducido á una condicion difícil y precaria. Digno por su ilustracion y su talento de la mas elevada gerarquía, su aversion á la carrera eclesiástica le cerraba las puertas y lo condenaba á servir los destinos mas subalternos, sin que hubiese obtenido mejor colocacion que el curato de Cunduacan, que administraba con celo verdaderamente evangélico al ser promovido á la representacion nacional.

Y si á Zavala, á Quintana Roo y á los demas iniciadores de las modernas ideas, se ha otorgado el justo reconocimiento de sus importantes servicios en favor de la patria y de la humanidad, ¿por qué negarlo al que imparcialmente juzgamos mas acreedor que ningun otro?

¿Carecería por ventura de talento, sinceridad ó decision, ó desempeñaría su papel distinguido, por un azar de la fortuna ó impelido por impulsos ajenos?

VI.

Basta leer alguna de sus notables filípicas, para desmentir victoriosamente esos reproches.

Nunca serán dignamente elogiadas las que fulminó sobre la provision del obispado de Yucatan, que se habian disputado los Sres. Meneses y Guerra; las que pusieron en evidencia los torpes manejos del triunviro en la ingeniosa y fraudulenta empresa del Torpedo; y por último, las que arrancaron la careta á Santa-Anna, que filiado por instinto y por simpatía al partido liberal, lo traicionaba cuantas veces el tesoro eclesiástico dejaba caer por algun tiempo en sus manos sus inagotables caudales.

El mas célebre de los oradores griegos á quien se propuso imitar, no desplegó nunca una elocuencia mas fluida, una dialéctica mas vigorosa, una intuicion mas exacta sobre el porvenir, ni un acierto tan consumado en la eleccion de los medios para conjurar las calamidades públicas, que presentía á través del prisma de su acendrado patriotismo.

Su modestia le hizo tomar por modelo á Demóstenes, á quien sobrepujaba en los arranques patéticos dignos solo de Mirabeau y de Víctor Hugo.

A éste pudiera compararse en decision y firmeza de principios, si la adversidad no se hubiese esmerado en acrisolarlo de una manera sobrehumana.

No fué ciertamente un destierro voluntario, ni la cómoda y risueña residencia de Gernesey, lo que le esperaba para descansar de sus famosos trabajos parlamentarios.

VII.

La lucha entre el partido liberal y el conservador, ha existido siempre, y en cualquier parte en que el bien y el mal se han encontrado frente á frente. Mas no conduce á nuestro

objeto recordarla, sino en el corto espacio en que figuró Alpuche en la escena política.

Habia fundado y organizado las lógiyas yorkinas, segun asegura D. Justo Sierra en la biografía de Zavala, para neutralizar las tendencias de las lógiyas escocesas.

Con esta investidura y poniendo en juego aquellos elementos, habia hecho triunfar la candidatura de Guerrero contra las de Bravo y Bustamante.

Cuando éste subió al poder, no pudo perdonar á tan terrible adversario, que fué proscrito á Orleans en compañía de Zerecero y de los agentes mas activos del partido yorkino.

Allí permaneció Alpuche hasta que Santa-Anna, victorioso de Barradas, ébrio de alegría y orgulloso de su triunfo, desafió á Bustamante pronunciándose contra los conservadores.

Intimidado Bustamante, no creyéndose capaz de competir con el que acababa de tronchar las garras á los leones rapaces de Castilla, desairó á la elevacion de Pedraza á la presidencia de la República, regresando con él los expulsos á formar parte de la nueva administracion.

Santa-Anna, dueño de las arcas de Veracruz, decidió á Pedraza á aceptar la transaccion que le reconocia por presidente legítimo, satisfaciéndole su sueldo anticipadamente por un periodo íntegro y á cuyo término habria de cederle el puesto.

Así se hizo por primera vez dueño de la situacion; mas encontrándola mezquina, no desairó escuchar al clero, núcleo del partido conservador, que le llamaba á su devocion. Eran ciertamente tentadoras á su ambicion las ofertas y sucumbió.

Alpuche contemplaba esa trasfiguracion semejante á la de Luzbel, desde su elevado asiento de senador, y no pudo contenerse de prorumpir en imprecaciones contra el tránsfuga. Ante su mirada límpida y de una serenidad sublime, no se bosquejaba el riesgo de ser precipitado de su encumbrado puesto por el reo á quien denunciaba; ni analizaba si era la primera figura de la nacion la que delinquia: solo se presen-

taba ante su vista la infamia del tránsfuga y el peligro inminente que amenazaba á su partido y al pueblo, por cuya sola felicidad consumia en delirante laboriosidad su vida entera.

El encono y la animosidad de Santa-Anna, exasperados por los rudos ataques con que el nuevo Demóstenes habia puesto en evidencia sus abusos de poder, y censurado enérgicamente su despotismo absoluto y su desenfrenada ambicion, no podian quedar satisfechos con una proscripcion vulgar.

Despues del golpe de Estado, Alpuche é Infante siguió á Zavala á los calabozos de Ulúa como le habia acompañado en la cámara; y desde esa lóbrega y terrible morada, burlando la vigilancia de los esbirros, logró publicar la última de sus filípicas, siempre anatematizando al tirano, profetizando la desolacion y la ruina de la patria, y excitando al pueblo á conjurarlas con la separacion del hombre funesto, que mas tarde habia de permitir se rompiese por el medio la joya mas valiosa de ambas Américas.

VIII.

Tampoco puede atribuirse en desdoro de su constancia, que hubiese favorecido en lo mas mínimo al extranjero, ó coadyuvado directa ó indirectamente á la anexion del territorio mexicano. E insistimos especialmente en esta circunstancia, porque constituye un escollo peligrosísimo donde se han estrellado muy sólidas reputaciones arrastradas por el deseo de la venganza, ó por la ilusion fascinadora del triunfo definitivo de sus opiniones políticas.

Menos puede ponerse en duda la sinceridad de sus convicciones; y si analizamos este concepto que se tendria por indecoroso aun tratándose de una figura menos prominente, es solo para aducir mayores triunfos á su firmeza inquebrantable, mas fulgores á la auréola immaculada que le circunda.

Nunca la falsía logró sostener mucho tiempo su papel difícil y forzado, desmintiéndose siempre en el instante mas crítico. En cambio, como las luces eléctricas que brillan con igual intensidad mientras no se extingue la corriente que les da pábulo, indiferentes al recio embate de los huracanes y de las tempestades, la verdad permanece la misma, haciéndose visible en ciertas existencias superiores consagradas exclusivamente al culto de una idea. Jamás en la vida de Alpuche ó Infante se desmintió la elevada filantropía, la caridad práctica, ni el acendrado amor á la humanidad, que han contribuido siempre á la encarnacion del cristianismo en el órden político bajo el nombre de democracia.

Filiado á un partido que se alimentaba de esperanzas, y que proclamaba los principios filantrópicos del cristianismo para la organizacion política, no era extraño que como al fundador de la religion por excelencia, los potentados, á quienes se disminuira su patrimonio promoviendo la emancipacion de la clase proletaria por medio de la ilustracion y la libertad del trabajo, le hubiesen declarado guerra á muerte; y el alto clero que presentia la desaparicion de la influencia absoluta que ejercia en el gobierno y en la familia, desde el momento en que se proclamase la libertad de cultos, se hubiese condenado á la misma suerte, y juntos hubiesen conspirado bajo los mismos auspicios que los escribas y los fariseos.

Así se explica la alianza que por tantos años sostuvieron las clases elevadas con el dictador, y el apoyo eficacísimo que le prestaron para defender sus intereses y conjurar el peligro comun.

Empero, habia de tener término. Y olvidando por un momento la amenaza que constantemente pesaba sobre ellos, ó esperando encontrar quien les sirviese con mas celo y efica-

cia, participaron á S. A. S. que su reinado habia concluido; y le obligaron á descender ignominiosamente del sόlio, y á abandonar el país, cuando sus águilas soberbias batiendo las alas mas poderosas que nunca, le reconocian y saludaban por árbitro absoluto de los destinos de México.

Este fué el primer indicio del renacimiento, ó el primer crepúsculo de una aurora cuyos encantos no habria de gozar Alpuche en esta vida.

IX.

Imposible seria hacer abstraccion de los episodios históricos referidos, por desagradables que sean, puesto que constituyen el marco oscuro del precioso relieve, que inútilmente nos esmeramos en destacar del fondo deslumbrador y radiante con que se vela á las miradas profanas.

Cierto es que la existencia del individuo es una arista en el océano de la eternidad; es verdad que su espíritu emanado de los lábios del Creador al imprimir un ósculo de satisfaccion y complacencia á su obra predilecta, es susceptible de perfeccionarse ó deprimirse hasta lo infinito, alejándose ó reconociendo el centro de bondad absoluta en ejercicio del libre albedrío. Mas en ese instante que llamamos vida, en este suspiro que nos sirve de alma, cuántos combates se libran, cuántos martirios se sufren, y cuán pocos podrán citarse, que hubiesen salido siempre victoriosos antes de que sueñe la hora de la emancipacion del espíritu.

Para los que navegan en mares conocidos con tiempo bonancible ó que no se alejan de riberas seguras, el naufragio es difícil: para los que desafiando los huracanes y las tem-

pestades, se aventuran en océanos ignotos en busca de nuevos mundos, casi es seguro y rara vez reconocerán el puerto, sino con áncoras rotas, desgarradas velas, y llevando sobre el casco de sus atrevidas barcas las huellas indelebles del bajío.

Alpuche vió la suya estrellarse contra las rocas sin alcanzar siquiera una tabla, encontrándose suspendido en la inmensidad, sobre un escollo que combatian las embravecidas olas de las preocupaciones religiosas, y de las prevenciones políticas que habia concitado contra sí.

Desde el escollo remoto del aislamiento, extendia con avidez sus miradas buscando la vela perdida que le recogiese y le llevase á la tierra prometida. Mucho le habia engañado la esperanza, hasta que llegó un momento en que se dibujaron en el horizonte infinito de su espíritu, centenares de puntos blancos que anunciaban la aproximacion de una escuadra. Y todavía le burló la ilusion, porque aquel séquito de albas nubes, eran las alas de los ángeles que habian de trasportarle á las playas de la inmortalidad.

X.

Contrariado siempre en sus sentimientos é ideas, delirando por un nuevo órden de cosas, soñando con un oasis que el espejismo de su fecunda imaginacion le fingia capaz de obtener al dia siguiente, se consumia bajo los ardores del desierto, y la fiebre minaba sordamente su preciosa existencia.

Solo, sin familia y sin amigos, sentia desfallecer su organizacion física, y cernerse su espíritu mas grandioso y mas tranquilo sobre sus propios despojos.

Habia obsequiado las prescripciones católicas mas seve-

ras en lo que concernia á su individuo, por ejemplo, respecto del celibato, que contribuiria á hacer mas desamparados sus últimos momentos; pero jamás habia transigido con los abusos que á la sombra de la gerarquía y de las temporalidades ejercia el alto clero; jamás se habia doblegado ante el poder ó cohonestado sus avances; jamás habia defraudado á nadie; jamás habia velado su opinion ó su juicio, por perjudicial que le hubiese sido su candorosa ingenuidad. Siempre sus acciones se inspiraron de los impulsos de su corazon magnánimo y generoso, que solo latia para el mayor bien del prójimo.

Nada, pues, encontraba que torturase su conciencia en la hora suprema que sentia aproximarse, con la misma serenidad que el sueño benéfico y restaurador. La noche que habia de fallecer se despidió del fiel sirviente que le asistia, ofreciéndole que se volverian á ver, y suplicándole que al dia siguiente comunicase al arzobispo que se ocurriese por su cadáver.

¿Esa recomendacion significaria un testimonio de subordinacion póstuma al prelado, ó la expresion genuina de que su espíritu altivo é independiente, jamás le habia permitido ofrecerle otra cosa mas que sus restos mortales?

Sócrates habia apurado la cicuta con orgullo, rodeado de sus amigos que aplaudian su abnegacion y admiraban sus teorías y sus doctrinas. Existia alguna compensacion, ó algun estímulo para el sacrificio.

Alpuche, postrado en el lecho del dolor y reducido á la celda mas humilde del convento de Santo Domingo, condenado á un aislamiento absoluto por la desgracia y por la supersticion, sin mas estímulo que el sentimiento íntimo de sus buenas acciones, estaba tambien orgulloso en presencia de Aquel que únicamente puede juzgar de las intenciones, con el mismo acierto con que cuenta los latidos del corazon ó los efluvios imperceptibles del rayo. De él nada temia, de él todo lo esperaba, y sucumbia tranquilo á una exigencia natural que le preparaba á otra existencia mejor.

Hemos buscado con el mayor empeño y sin éxito, el sitio en que descansan sus restos. Uno de los pocos sacerdotes dominicos que existen hoy, nos ha asegurado que segun las costumbres conventuales de aquella época, fueron inhumados en una fosa comun, sin que el hecho se hubiese consignado en ningun registro ni archivo, siendo hoy de todo punto imposible encontrarlos. De otros señores contemporáneos suyos, hemos sabido que su epitafio existia en San Fernando. Y aunque ni allí los hayamos encontrado, y aunque no reposen allí sus cenizas, es seguro que su espíritu tendrá predileccion por ese augusto recinto, donde la gratitud del pueblo mexicano, al erigir un monumento para los restos de Juarez, consagra la consumacion de la Reforma de que Alpuche é Infante fué uno de los primeros soldados. Es seguro que su espíritu, mas puro que el aroma de las violetas y pasionarias que allí brotan; mas puro que los rayos de la luna entre los cuales ha de descender, visitará con frecuencia ese lugar delicioso y sombrío. Es seguro que con él y con Juarez, los que por abnegacion han procurado durante esta vida la prosperidad de la patria, desde allí nos mandarán inspiraciones benéficas.

XI.

Taine ha dicho:

“Entre la vanidad de las miserias humanas solo se distinguen dos cosas: la virtud valerosa por la cual el hombre asume el dominio de sus propias pasiones, y la virtud generosa por la cual se sacrifica en obsequio de sus semejantes.”

Muchas virtudes llenaron exclusivamente la vida de Alpu-

che é Infante, y es lo que nos ha inspirado á tributarle este elogio.

Ojalá nuestros esfuerzos por esclarecer su mérito extraordinario, le fuesen conocidos en la vida superior que disfruta! ¡Ojalá mereciesen su benevolencia, y enviase del lampo de su génio inmortal, siquiera un débil destello á las sienas de su panegirista.....

M. PALOMEQUE.

México, Abril 22 de 1874.